

ANTONIO RUNA

EL FOSO DE LOS OLVIDADOS



minotauro

EL FOSO DE LOS OLVIDADOS

ANTONIO RUNA

minotauro LABERINTO

El Foso de los Olvidados

© Antonio Runa, 2025

Ilustración de cubierta © Breogán Álvarez, 2024

Diseño de cubierta: Book & Look

Mapa de © Fernando López Ayelo

Publicación de Editorial Planeta, S.A. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1957-3

Depósito legal: B. 980-2025

Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

X: @minotaurolibros

Índice

Dramatis Personae.....	15
------------------------	----

Libro Uno

1 Destino de adversarios	25
2 Benterios no suele apostar	34
3 Deiavon y sus escasas confianzas	52
4 Findros cambia de plan.....	58
5 Benterios y las pesadillas que empiezan bien.....	62
6 Deiavon y los rigores del rango	72
7 Findros y un hatajo de desalmados.....	85
8 Benterios y la amabilidad ajena	108
9 Deiavon y los respetos olvidados	119
10 Ignominia	131
11 Verlac y su liberación anticipada	138
12 Benterios y las leyendas de antaño	143
13 Deiavon y una burocracia hostil.....	157
14 Nofret y la diferencia de dos lapsos	170

Libro Dos

15 El oficio de saberlo todo	181
16 Un día especialmente problemático en la corte regida por el Driorh	188
17 Deiavon en el puente que conduce al otro mundo.....	220
18 Benterios y la cruda realidad	234
19 Procura no olvidar esto	247
20 Findros y las frases lapidarias.....	252
21 Nofret y la conjura familiar.....	263
22 Benterios mira de frente a la Calígene.....	277

Libro Tres

23 Galrod el cauteloso	297
24 Omeiades aprende deprisa	307
25 Findros aumenta el ritmo	315
26 La paciencia de Galrod	325
27 Un renegado, un damnificado y un bienhechor.....	332

28	Verlac y el honor a su manera	347
29	Findros rey	356
30	Deiavon toma la iniciativa	367
31	Las dificultades de Nofret	382
32	Galrod ante lo inevitable.....	398
33	Benterios y la adolescente	408
34	Omeiades lanzado a la batalla	418

Libro Cuatro

35	La batalla de los apócrifos (parte uno)	429
36	Galrod el protector	432
37	La voz de la religión	444
38	Secretos.....	447
39	Findros y un desconocido encantador.....	455
40	Deiavon el ateo.....	465
41	El arte de intrigar.....	483
42	La debilidad de Benterios.....	499
43	La batalla de los apócrifos (parte dos)	507
44	Findros y un refrán oportuno.....	513
45	Deiavon acorralado.....	524
46	Benterios gana tiempo perdiéndolo.....	532
47	La decisión de Findros.....	542

Libro Cinco

48	Benterios y las lágrimas acumuladas	549
49	La cólera de Deiavon	560
50	Asgahlen en peligro	575
51	La batalla de los apócrifos (parte tres).....	601
52	Benterios y los últimos sacrificios.....	605
53	Tras el eclipse	621
54	Deiavon busca lo que quiere	631
55	Findros encuentra su camino	641
56	Viejos amigos y nuevos enemigos.....	648
57	Benterios en Anquion	658

Glosario de términos (en orden alfabético).....	669
---	-----

1

Destino de adversarios

El viento ondeaba los miles de estandartes alzados hacia el cielo y le otorgaba a la llanura, repleta de soldados fuertemente pertrechados, el aspecto de una piel de metal, madera y cuero. La superficie de un mar de tela y puntas de lanza dividía la inmensa Planicie de Mûnsul en los colores principales de los dos imperios que aquellas huestes representaban, azul y negro.

Sendos ejércitos habían llegado a la inmensa extensión y se habían asentado en las posiciones designadas según las tradiciones, durante un día entero. El ciclo de paz límite de un lustro se había prorrogado dos años más y, que se supiera, ningún período de entreguerras había durado tanto, por lo que una ansiada batalla bien podría desatarse al final de esa misma jornada. Había una tensión que podía sentirse en el aire.

Presentarse en la llanura con un número ingente de efectivos requería desguarnecer otros puestos claves más importantes, mientras que llegar con una hueste insuficiente podía tomarse como una falta de respeto. En el pasado, ciertos gobernantes aparecieron con la firme intención de iniciar la guerra correspondiente en el mismo Pacto Vespertino, por lo que asistieron a la asamblea previa con todas sus fuerzas disponibles. Primero hablar y después luchar. En esta ocasión, imperaba un pacto detalladamente precisado durante semanas, que obligaba a ambos ejércitos a presentarse al lugar con una comitiva de cinco mil efectivos exactos que salvaguardarían las costumbres y preservarían un coloquio respetuoso entre los herederos legítimos de cada imperio. En el supuesto de que se declarara cordialmente una guerra, se estimaría una fecha que favoreciera a ambos bandos, tras lo cual la reunión finalizaría con la retirada ordenada y calmosa de las tropas sitas en la llanura. Pero las intenciones diplomáticas a veces se van al

traste por una simple frase pronunciada con más altanería de la cuenta o algún desprecio velado.

Por parte de Asgahlen, el joven e idealista Deiavon Duildorian se había presentado con una armadura ligera de gala, ribeteada y brillante, confortable para ejercer de cortesano y pasear a caballo, que, más allá de ser una auténtica obra de arte, no tenía utilidad real en combate. Su capa azul con adornos plateados hacía las veces de gran bandera de su imperio, enganchada de forma elegante a las hombreras de metal liviano. Portaba una buena espada al cinto para no transgredir protocolo alguno, si bien él hubiera asistido con un simple puñal.

Por parte de Pelethlion, Findros acudía con un gambesón oscuro y algunas protecciones de cuero endurecido, una indumentaria suficiente para lanzarse a una trifulca de darse el caso, si bien inadecuada para una ofensiva encarnizada. Su pelo lacio emitía destellos azulados al ser agitado por el viento y emergían, ocasionalmente, intrincadas trenzas de hasta seis hebras. A pesar de exhibir un atuendo menos elegante que su rival político y un porte significativamente más vigoroso, su forma de moverse y comportarse le conferían un carisma difícil de igualar. La realeza estaba en su forma de mirar y dirigirse a los presentes, no en sus armas o abalorios.

Iban a ser dos líderes excepcionales. Era lo que todo el mundo daba por hecho. ¡Qué ciclo de contienda iba a vivirse! Y la pregunta de quién sometería a quién no tenía una respuesta clara.

Cuando finalmente llegara el tiempo de las hostilidades, por supuesto.

Probablemente nadie los hubiera preferido a sus hermanos mayores, ya que ambas casas habían perdido a sus primogénitos en un conflicto menor. La de la aguerrida Darfien, por parte de Pelethlion, había sido una pérdida llorada en todo el norte. Una reina fuerte, arrojada, de puños y dientes apretados. El beligerante Feialor de Asgahlen había demostrado ser un feroz guerrero por el que sus tropas hubieran dado la vida cada día del año. Que ahora el derecho de ascensión al trono recayese en Findros y Deiavon apuntaba a maneras más refinadas y estratégicas de matarse, lo cual no era malo si en verdad la guerra se declaraba sin más demoras.

Lo que ninguno de sus padres hubiera previsto jamás es que los dos jóvenes fueran a hacerse tan buenos amigos. Los siete años de paz que había vivido el continente hasta el momento habían sido

propicios para las famosas Garantías de Honorabilidad, y cada uno había sido huésped en el reino de su rival político. Huéspedes o rehenes, según como se viera tal circunstancia. Espías, incluso. Sin embargo, los dos jóvenes habían aprovechado esos años para conocerse mejor mediante experiencias vitales de toda índole. Se habían enseñado técnicas de combate según las aprendían, así como conocimientos propios de eruditos, y habían compartido sus culturas con avidez y generosidad. Algo que propios y extraños habían atribuido a la juventud, sin mayores miramientos o preocupaciones, pues nadie albergaba dudas de que esa cordialidad duraría poco. Por destino, estaban condenados a enfrentarse algún día.

Ellos querían hacerles comprender a todos lo equivocados que estaban. Con sus padres todavía en el poder aunque precariamente, el futuro de ambos imperios recaía en sus manos, y Deiavon y Findros estaban dispuestos a cambiar las cosas transgrediendo las antiguas usanzas, las costumbres beligerantes. Todo. Llevarían sus reinos a una era de paz y prosperidad sin precedentes. Al otro lado del océano aguardaban nuevos reinos y maravillas por explorar y conquistar, Asgahlen y Pelethlion podían ser mucho más poderosos unidos que perpetuamente enfrentados. Las guerras pactadas impedían que sus imperios alcanzaran mayores metas. Ellos aspiraban al mundo entero.

Como líderes que eran, se destacaron de la línea de vanguardia de sus tropas, dejando atrás a consejeros, comandantes y otras personas de posición. Con caballos de gran fuerza y aspecto regio, trotaron el uno hacia el otro a la vista de diez mil pares de ojos. Siguieron acercándose hacia el centro de la única zona no ocupada por las huestes, observándose serios al principio y sonriendo más a medida que se aproximaban. El Sol Regente llegaba al límite superior de las lejanas cordilleras, y parecía así un testigo oficial cuya intención fuera constatar el desenlace de tal evento, antes de ponerse.

En muy poco tiempo se haría de noche, y aunque algunos confiaban en llegar a desenfundar sus espadas, lo único que empuñarían serían antorchas para alumbrar el camino de regreso a casa.

—¡Que me aspen si eso que veo no es un Duildorian! —gritó Findros en tono jocosos, a sabiendas de que el viento podía llevar sus palabras a muchísimas más personas de las que había allí plantadas en la explanada. Los dos amigos aún ni estaban cara a cara—. Pero ¿cuál ha de ser, si todos se llaman igual?

Deiavon susurró algunas maldiciones amistosas que nadie más pudo escuchar.

Cuando los dos herederos se encontraron en el centro de la franja divisoria de los ejércitos, desmontaron de un salto y fueron a fundirse en un enérgico abrazo. Cuando se separaron, cada uno aferraba con su mano el brazalete de la muñeca del otro.

—¡Son apellidos, mi tosco amigo, no nombres! —respondió el heredero de Asgahlen—. Y lo sabes de sobra, como también que tengo un destacamento de arqueros que podrían tomarse a mal una afrenta semejante. Tienen un oído estupendo, así que modera esa voz.

—Siempre me ha parecido una costumbre extraña. Yo creo que más importante que saber que todos pertenecéis a un clan, es saber quién es quién... Fíjate en mí, Findros hijo de Melezh. Ya sabes con quién hablas. Yo podría estar hablando con un primo tercero o un sobrino, cualquier Duildorian de mala muerte.

—¡Eres un bellaco!

Rieron un poco más y luego pusieron sus brazos en jarras. Se contemplaron de arriba abajo y luego Findros rodeó con el brazo los hombros de su interlocutor, alejándose paso a paso de los caballos, que quedaron pastando en el sitio.

—He echado de menos nuestras conversaciones, Deiavon —puso gesto de amargura—, en palacio las cosas están más complicadas que nunca. Mi madre ha enfermado y pasa en cama todo el día. Cuando no lo hace, es mucho peor.

El juego de luces fue cambiando de tonalidad en todo el valle, las sombras se alargaron hacia levante y las temperaturas bajaron de inmediato.

—Te entiendo, mi padre lleva muriéndose casi un año. Cada noche creemos que será la última. Deberías escuchar sus quejidos espeluznantes, en mitad de la noche. —El recuerdo que evocaba le agrió el gesto, antes de continuar hablando casi en susurros—: Hace tiempo que dejó de gobernar. Y a mí me dejan mandar, pero no cambiar. No podré aplicar nuevas leyes o mejorar las cosas hasta que no me convierta en Siorh. Hasta que eso no ocurra, tengo las manos atadas.

Findros se apartó de su amigo y contempló el suelo que pisaban.

—Mi esposa está encinta.

—Enhorabuena. ¿Quién lo está llevando con mayor felicidad, ella o tú?

—Ella, por descontado. —Findros negó con la cabeza mientras se mordía el labio inferior—. Hasta que no cumplen doce años, no son interesantes.

Deiavon se encogió de hombros y miró a un lado, como si alguien pudiera oírlos.

—Yo no quiero ni pensar en eso en este día. Sólo con la boda, tengo sufrimiento suficiente. ¿Crees que te dejarían venir a la ceremonia? Estoy dispuesto a invitarte. A todos, realidad, pero tú eres el único que vendría sin tomarse la acción como una maniobra política. Y, al menos, yo podría mantener una conversación interesante con alguien.

El que estaba destinado a convertirse en el próximo rey de Pelthlion contempló el horizonte con visible preocupación.

—Podría ser. Aunque lo dudo mucho. Nadie comprende que podamos ser amigos. Y no sé si en vida veremos el momento de aplicar los cambios que van a hacer falta para conseguir la utopía que ambos imaginamos. A nuestro alrededor sólo veo impaciencia por desenfundar las espadas.

—He estado pensando —comentó Deiavon, sombrío.

—Ya, cómo no.

—Podría diseñar una guerra ligera. Algo que nos ocupara la primavera del próximo año. Aplacaríamos a los más vehementes y nos permitiría seguir preparando las cosas. No creo que agotáramos demasiados recursos, nos mantendría en forma y el daño proporcional que nos ocasionáramos sería... asumible. Incluso podríamos cooperar para invadir Credenlis. Esos isleños nos han dado motivos de sobra para llevar a cabo dicha acción.

Findros cerró el puño y estrelló su base contra la otra palma abierta.

—¡Demonios, Deiavon! ¿La primavera del año que viene, dices? Casi un año entero. Es demasiado tiempo. Mis duques se mueren por entrar en acción, todos los nobles han invertido fortunas en el siguiente ciclo de guerra. Por no hablar de mis oficiales, están más ansiosos que nunca. ¡Espectros me lleven, yo mismo anhele matar! Desde el asalto a Lesden, no he vuelto a sentir ese temblor del escudo en mi brazo cuando repele un ataque, la firmeza del cuerpo enemigo cuando lo abres con tu hacha; dime que no lo echas de menos.

—No lo hago.

Findros se echó encima de su amigo y lo zarandeó mientras el otro lo permitía, carcajeándose como críos. Casi parecía que fueran a ponerse a bailar.

—¡Embustero, nacido de harén! —exclamó entre risas ahogadas. Después, el príncipe de Pelethlion se apartó de un salto y se puso en posición marcial, con las piernas bien separadas y asentadas a la tierra. Agarró con fuerza la empuñadura de la espada a su espalda—. Venga, tiremos unas estocadas, por los viejos tiempos. A primera sangre. ¡Vamos!

Deiavon miró por encima de su hombro y se llevó las manos a la boca.

—¡Has perdido el juicio, berzotas! ¡Puedes iniciar una batalla por menos!

Findros espantó con la mano un insecto que volaba entre ambos y se puso muy serio de repente, abandonando toda pose combativa.

—Una guerra imaginaria —dijo—. ¿Dices que podrías diseñar algo así?

—Imaginaria, no. Moriría gente, Findros. Habría agravios que saldar en el futuro. Ninguna acción así queda en nada.

—Pero no sería... *una de las nuestras*.

—Una de nuestras guerras, no. Sin duda un ejercicio más liviano. No advertiríamos desgaste y mantendríamos ciertos enlaces diplomáticos. Tú y yo podríamos estar en contacto permanente. Sería un mero refrigerio mientras preparamos nuestra alianza definitiva y el asalto a todo Drasmatar. Creo que podríamos estar preparados para cruzar el océano en dos años. ¡Dos años, Findros! ¡Eso no es nada! Y entonces les daríamos lo que piden, en grandes cantidades. Les traeríamos más y mejores guerras. En otros continentes. Las más grandes ofensivas que se puedan librar, contra los insospechados enemigos sobre los que nadie ha escrito.

—Ellos —Findros señaló despectivamente con el mentón a las dos grandes masas de hombres que los seguían con la mirada— sólo quieren una victoria, no entienden más que una única conquista. Los tuyos quieren derrotarnos y los míos... son igual de ilusos. —Se hurgó en una muela y extrajo de allí algo que sólo él observó y luego lanzó a lo lejos—. Tú me enseñaste a mirar en la dirección correcta. Oriente. El mundo entero.

Deiavon hizo el ademán de mirar en la misma dirección. El gran este. Y por no poder ver las maravillas que allí lo aguardaban, las imaginó, una vez más. Su corazón se aceleraba, a punto de desbocarse, cuando esas imágenes poblaban su mente.

—A veces trato de olvidar. Debo confesarlo. Drasmatar —paladeó el nombre de esas hipotéticas grandes masas de tierra allende los mares que albergaban lo desconocido—, es ahí adonde deberíamos llevar el imperio unificado.

—El imperio unificado. Nuestro sueño.

Cada uno de los dos muchachos echó un ojo a lo que había por encima de los hombros del otro. Miles de hombres que deseaban empuñar sus aceros a la menor oportunidad, quizá una mímica incuestionablemente agresiva, una provocación del tipo que fuera, un pretexto, para arrojarle contra la línea de enfrente y ultimarse entre sí durante toda la noche.

Los dos jóvenes estaban solos en este mundo.

—¿Crees que cuando gobernemos —preguntó Findros— nos permitirán... *gobernar*? Nadie ha querido cambiar las cosas, nunca.

—Bueno, querido amigo, por lo pronto vamos a disponer de tiempo suficiente para ir acondicionando las cosas. En un año se puede hacer mucho.

De un bolsillo interior de la bota, Deiavon Duildorian extrajo un pequeño pergamino enrollado, lo desplegó y lo mostró a su amigo.

Findros sonrió ampliamente. Esa sonrisa que podía ser aviesa, si quería, o que podía orientarse hacia un entusiasmo y pasión que comúnmente agitaba el pecho de jóvenes de ambos sexos. Una sonrisa que podría sacudir reinados de forma más eficaz que su enorme montante de doble filo.

—¿Es un acuerdo de prórroga de paz?

—Firmado por el Siorh Artheialon. Mi padre lo ha hecho por duplicado.

—Tu padre, ¿estaba en plenas facultades cuando ha firmado eso?

Deiavon se encogió de hombros.

—No me obligues a mentirte. Digamos que él... firma cosas. Qué quieres que te diga, a veces para ser un gran líder hay que ser un mal hijo.

—Y tu consejo de delegados, ¿qué dirán esos viejos pellejos?

—Que los parta un rayo, Findros, soy yo el que manda. Muy pronto reinaré ciertamente, mejor harían acostumbrándose a este tipo de cosas. Tenemos meses para hacer los primeros preparativos, después llegará la primavera y libraremos una ligera guerra territorial contra esos isleños desaprensivos. Aún no lo tengo previsto, pero tengo algunas ideas para ocupar y desocupar Anquion, ¿por qué no? A veces ha sido vuestra, a veces ha sido nuestra... No revolucionaremos el arte de la guerra. Libraremos unas pocas batallas de poca importancia, se quemarán algunos campos, ya sabes, nada será demasiado épico. Después volveremos a parlamentar, a pactar una tregua que parezca frágil y mi padre firmará lo que le ponga delante. El tiempo seguirá corriendo y tú y yo, mi pálido amigo, nos iremos posicionando. Preparándonos para nuestro destino.

El heredero de Pelethlion empezó a palparse en el cinturón, ante lo cual Deiavon desenroscó el gavlán ornamentado del cilindro y de su interior hueco sacó una pluma con la punta bañada en tinta.

—Hagámoslo oficial.

—Eres un genio, Duildorian.

—Es impropio que yo lo diga, pero lo has dicho tú.

Findros agarró con avidez la pluma y se dispuso a firmar en ambos documentos extendidos con la ayuda de su asociado. Cuando terminó, se quedó con uno de los estuches enrollados, y lo guardó con cuidado en el hueco de una de sus muñequeras de cuero. Miró a la Cordillera de Marnas, que ya casi se había tragado el Sol Regente, y se teñía el cielo de un color anaranjado muy tranquilizador. Aunque en breve las sombras se apoderarían de toda la explanada.

—Otro año de paz. Sabes que este papel no significa nada de por sí —dijo—, vamos a tener que lucharlo, hacerlo valer.

—Si tú lo luchas en tu corte, yo haré lo propio.

Los dos jóvenes volvieron a abrazarse, esta vez muy poco efusivamente, se lanzaron una mirada reveladora y asintieron. Findros regresó a sus filas, al norte, y Deiavon al sur, hacia las tropas que comandaba.

Este último no estaba dispuesto a mirar hacia atrás cuando escuchó la voz de su amigo, a cierta distancia.

—¡Eh, Deiavon! ¡Si alguna vez lo conseguimos, si unificáramos nuestros imperios, ¿quién de los dos se sentaría en el trono?!

Deiavon no pudo reprimir una risotada que resonó en toda la planicie.

—¡Ay, Findros hijo de Melezh, cada problema a su debido tiempo!

Cuando ya se hizo de noche, las antorchas sustituyeron los banderines y los líderes de cada ejército se mezclaron entre los suyos, repartiendo órdenes de romper la formación y disponer las guardias nocturnas a cada columna marcial, con un aire de decepción que podía apreciarse en cada soldado allí presente.

Para bien o para mal, aquella madrugada suponía el principio de muchas cosas.